

Domingo sexto de Pascua

Lectura orante del Evangelio: Juan 14,15-21

“Necesitamos hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo” (Papa Francisco).

Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. ¿Quién nos cuidará? ¿Quién protegerá nuestra fe del espíritu de la mentira? ¿Quién nos enseñará cada día la verdad? ¿Quién nos defenderá del enemigo? Jesús, que conoce nuestro desvalimiento, ora al Padre para que nos envíe el Espíritu de la verdad. ¡Qué imagen tan bella, como para no olvidarla nunca: Jesús, orando por nosotros! ¡Qué experiencia tan gozosa: saber que el Espíritu está siempre con nosotros! Nuestra condición de discípulos misioneros de Jesús no la conseguimos a fuerza de brazos; es puro regalo de Jesús. El Espíritu es compañero y amigo, verdad y alegría en la interioridad, suavidad y dulzura en las fatigas por vivir el Evangelio, vida en medio de la muerte, novedad inagotable. El Espíritu es la armonía. Solo él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y realizar la unidad. *Te alabamos y te damos gracias, Espíritu Santo por todos tus dones.*

Vosotros le conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros. El Espíritu es lo más grande que nos da Jesús. Es un regalo que no nos viene de fuera, sino que nos nace dentro. Quien es amigo de la verdad escucha su voz. Es como un surtidor de agua que brota dentro de nosotros, como una melodiosa canción que empieza a resonar en el corazón. El Espíritu nunca nos manipula, es nuestra libertad. Vive con nosotros, está con nosotros. Lo acogemos con sencillez y alegría. Si estamos atentos a su voz, percibimos su vigor, su belleza, su fecundidad, su alegría. Con el Espíritu en nosotros, ya no estamos solos, vivimos una soledad acompañada, sonora. Pedimos la gracia de acostumbrarnos a la presencia de este compañero de camino, de este amigo. *Espíritu Santo, nos abrimos a tus dones divinos.*

Sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El Espíritu nos capacita para vivir la presencia amorosa de la Trinidad en la interioridad. Gracias al Espíritu, que mantiene viva esta presencia sorprendente e inesperada en el corazón, ya no sabemos mirarnos ni mirar nada sin mirar a la Trinidad, ya no queremos vivir sin tan buen amigo al lado. Podemos tratar con Dios como con un amigo, porque Él habita nuestra morada. El Espíritu nos abre el corazón para conocer y amar a Jesús, nos ayuda a vivir el Evangelio, nos lleva a cuidar a los más necesitados. *¡Bendito y alabado seas por siempre, Espíritu Santo!*

Al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él. El que ama tiene consigo al Espíritu, porque es él quien enciende en nuestro corazón la llama del amor. Solamente puede pronunciar el nombre de Jesús quien ama al Espíritu. La oración verdadera no puede ser otra cosa que un diálogo de amor. El amor es la etiqueta de garantía de toda oración, lo que da valor y sentido a la vida. Con el Espíritu, la vida de los orantes cambia por completo, ya solo amar es su ejercicio. ¿Qué ha obrado el Espíritu Santo en nosotros, hoy? ¿Qué testimonio nos ha dado? ¿Cómo nos ha hablado? ¿Qué cosa nos ha sugerido? *Gracias, Espíritu Santo.*

Feliz Pascua para vosotros – CIPE, mayo de 2017